"La mayor incomodidad de esta historia es ser cierta" –dice Ricardo Piglia en el prólogo a su relato "Mata-Hari 55", aparecido en *La invasión*, su primer libro. "Se equivocan los que piensan que es más fácil contar los hechos verídicos que inventar una anécdota, sus relaciones y sus leyes. La realidad, es sabido, tiene una lógica esquiva; una lógica que parece, a ratos, imposible de narrar. Frente al riesgo de violentarla con la ficción, he preferido transcribir casi sin cambios el material grabado por mí en sucesivas entrevistas. La lealtad del Grundig W2A portátil sirve como testigo de la verdad de este relato que me fue referido, por primera vez, entre el atardecer y la medianoche de un día de verano, en el bar Ramos de Corrientes y Montevideo."

Frente a semejante confesión el lector adepto a Piglia no puede menos que dudar: después de todo es un escritor, y como tal no hace más que sembrar pistas falsas, trazar caminos que pueden ser recorridos con la despreocupación y la soltura del que camina sin rumbo fijo, mirando distraídamente el paisaje, el mar, sin pensar en nada. Lo que el lector no advierte es que en realidad no está distraído, y que Piglia lo obliga a mantener la atención sin esfuerzo y lo transforma en algo raro: un lector libre. Poco a poco percibe las cosas. Sin dejar de ser libertad, ésta se intensifica un poco más. Sin ninguna prepotencia o gloria, entonces, sin el menor sentido de superioridad o igualdad, sin orgullo, Piglia le pone en el camino una rata muerta, y en menos de un segundo el lector se encuentra erizado por el terror de vivir: es una rata rojiza, enorme, muerta, quieta, rojiza.

Nacido en Adrogué, provincia de Buenos Aires, obtuvo el Premio Casa de las Américas en 1967 con *La invasión*. En 1975 publicó *Nombre falso*, en 1980 *Respiración artificial*, en 1990 *Prisión perpetua*, en 1992 *La ciudad ausente*, y en 1997 *Plata quemada*.

Junto a su obra de ficción Piglia ha desarrollado una carrera de crítico y ensayista, publicando textos sobre Roberto Arlt, Macedonio Fernández, Sarmiento y otros escritores argentinos. En 1986 publicó *Crítica y ficción*, una recopilación de entrevistas y reflexiones acerca de la poética de la narración.

En cualquier caso, este escritor nunca ha dejado de perfeccionar y renovar ciertos caminos que parecían cerrados, o caducados, o intransitables: de lo que se trata es de escribir una obra que recorra estilos y registros diversos, finalmente convertida en una gran metáfora de los tiempos sombríos que a los hombres les toca vivir. ■

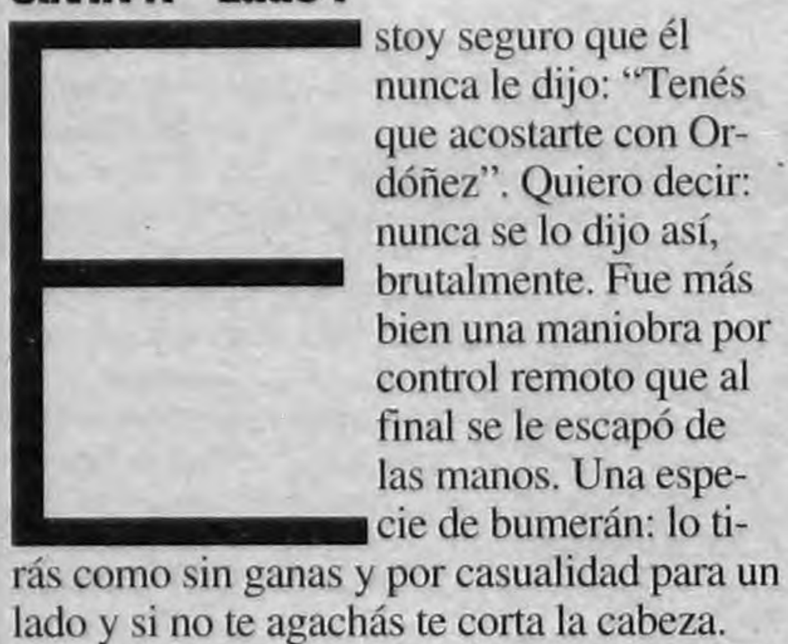


RICARDO PIGLIA

La mayor incomodidad de esta historia es ser cierta. Se equivocan los que piensan que es más fácil contar hechos verídicos que inventar una anécdota, sus relaciones y sus leyes. La realidad, es sabido, tiene una lógica esquiva; una lógica que parece, a ratos, imposible de narrar. Frente al riesgo de violentarla con la ficción, he preferido transcribir casi sin cambios el material grabado por mí en sucesivas entrevistas. La lealtad del Grundig W2A portátil sirve como testigo de la verdad de este relato que me fue referido, por primera vez, entre el atardecer y la medianoche de un día de verano, en el bar Ramos de Corrientes y Montevideo.

R.P.

CINTA A - Lado I



Estoy seguro que él nunca le dijo: "Tenés que acostarte con Ordóñez". Quiero decir: nunca se lo dijo así, brutalmente. Fue más bien una maniobra por control remoto que al final se le escapó de las manos. Una especie de bumerán: lo tirás como sin ganas y por casualidad para un lado y si no te agachás te corta la cabeza.

Vos tendrías que conocerla para darte cuenta: es del tipo de las trágicas, de las apasionadas. Cuando elige un papel ya no para: si es posible de mártir o de puta o de enfermera en el Congo. Cualquier cosa, pero con heroísmo. Con ráfagas de ametralladora y heridos tirados por el suelo. O muchacha que se acuesta con peronista para salvar la Patria mientras cae el telón y los de la banda le dan con todo a la Marcha de San Lorenzo.

Cuando yo la conocí se le había dado por cambiarse el nombre. Hasta entonces se había llamado Marta o Luisa, algo por el estilo, pero lo encontraba demasiado vulgar. Al principio estaba un poco desorientada. A los dos meses había pasado por Ligeia, por Lola y andaba por Delfina mientras leía la vida de Pancho Ramírez.

Dos años después, cuando volví a encontrarla, todavía no se había decidido.

Supongo que él le habrá tomado el tiempo a los diez minutos de conocerla. Cuando descubrió la posibilidad la fue encauzando, seduciendo de a poco: la metió en dos o tres reuniones con distribución de armas, himno nacional y nombres cifrados y al final la embaló en el papel de Mata-Hari nacional.

Todo pasaba en julio o agosto del '55, unos días antes de la revolución. Yo no creo que ella entendiera mucho de Comandos Civiles, de Cristo Vence y esas cosas, pero le encantaba el misterio, el peligro, la furtividad con que venía empaquetado el asunto.

Al principio se reunían con ella por Palermo, sin bajarse del auto, dando vueltas al lago con la luz apagada y hablándole en voz baja hasta dejarla hecha una seda, convencida de todo.

La engatusaban con la puesta en escena, pobrecita, ella que en el fondo siempre quiso ser Eva Perón.

Seguro pensaba en la Revolución Francesa, en el desfile por Santa Fe después de la Bastilla, todos en el capó del auto, levantando las metralletas mientras de las ventanas llueven flores y el viento agita las banderas y todos cantan.

Por supuesto, cuando vino la revolución y el desfile ella no se contaba entre los asistentes, sino estudiando gramática francesa en la Alianza porque quería irse a Europa.

Eso después.

En aquel tiempo pensaba todo el día en la Liberación y ensayaba, sin darse cuenta, el tipo gorro frigio y ojos llameantes. Estaba tan llena de literatura que vos no te hacés una idea. Por eso me da bronca pensar cómo la usaron. Cuando me lo contó, estuve a punto de denunciarlos, mandarlos presos, pero no tenía sentido y además ya se olfateaba la revolución en el aire. Por otra parte eran inofensivos: chicos de la FUBA, vos te das cuenta, mareados por las crónicas de la Resistencia francesa, los maquís peleando contra la Gestapo, cosas así.

CINTA A - Lado II

Vos no me vas a creer. Parece mentira, sabés: el modo como los conocí, todo. Me hace acordar a algo, a una película, no sé. Es raro, ¿te das cuenta? Como si le hubiera pasado a otra y yo, ahora, pudiera mirarla desde aquí lo más tranquila y acordarme.

Además yo a Javier lo conocí por casualidad. Porque para mí todo empezó cuando lo conocí a Javier. Bueno no sé si empezó justo ahí, pero él fue la causa. Yo sabía que andaba metido en política, pero a mí mucho no me interesaba; la verdad, lo peor era que no tuviéramos tiempo para vernos: a veces, los sábados y domingos él tenía reunión y yo me opiaba sola, en un cine o caminando por la calle.

No sé si lo quería. Me gustaba mucho, eso sí. Tenía el pelo de un color tan raro, si vieras, de un rubio tirando a ceniza, a gris y cuando el sol le pegaba en el pelo se iluminaba todo, parecía un dios.

Salíamos una vez cada tanto, pero cada vez menos y estoy segura que se hubiera terminado todo si no fuera por aquella tarde en la facultad cuando él me preguntó: "¿Lo conocés?" "¿A quién?", le dije yo. "A ese que saludaste." "¿A Germán? Sí, ¿por?" "¿Sabés lo que es?" Y mirá si seré estúpida que le contesté: "Claro, es abogado". Y no me di cuenta que era por lo del peronismo. El me miró como si no me hubiera escuchado. "¿Así que lo conocés?", dijo y yo pensé que eran celos y me apreté contra él y le empecé a explicar.

Después de eso cambió. Yo me doy cuenta ahora. En aquel tiempo me encantaba que nos viéramos más seguido, que Javier empezara a hablarme de política, como buscando que yo lo comprendiera.

Yo me entusiasmo fácil, siempre me pasa. Cuando quise acordarme estaba yendo a las reuniones.

Además era tan emocionante, tan misterioso, si vieras. Me parecía mentira que en medio de Buenos Aires pudiera andar gente con armas, reuniéndose en secreto y queriendo hacer una revolución.



Vos no me vas a creer. Parece mentira, sabés: el modo como los conocí, todo. Me hace acordar a algo, a una película, no sé. Es raro, ¿te das cuenta? Como si le hubiera pasado a otra y yo, ahora, pudiera mirarla desde aquí lo más tranquila y acordarme.





Por Ricardo Piglia

MATA-HA

Yo pensaba que se nos notaba en la cara. A veces iba por la calle y sentía que todos me miraban o que me seguía algún policía disfrazado.

Nos encontrábamos en bares exóticos por Constitución o en el Bajo; íbamos a un hotel de Adrogué lleno de eucaliptus. Me daban las direcciones anotadas de un modo extraño, en papeles doblados o con algún número cambiado. Después, para entrar, había que decir frases. Un tipo te preguntaba: "¿Y los cóndores?". Y vos tenías que contestar: "Vuelan lento...".

Una vez yo estaba tan contenta que cuando el tipo me preguntó: "¿Y los cóndores?". "Bien, gracias", le contesté. Adentro me hicieron un lío porque dijeron que yo no era seria o que no me tomaba las cosas en serio, algo por el estilo. Y para colmo yo estaba tentada.

Pero miento si te digo que no me lo tomaba en serio. Yo creía en todo: que tenía razón y que a Perón había que voltearlo para salvar la Patria. Yo quería hacer algo, cualquier cosa, pero ellos siempre me contestaban que tenía que esperar. Se la pasaban organizando grupos, comandos y esas cosas, claro que yo apenas me enteraba porque en las reuniones todo era en clave. Fui cerca de tres meses y nunca me hicieron hacer nada.

Una sola vez salí con ellos en coche y pasamos a toda velocidad por Plaza Congreso tirando papeles. La verdad que no sentí nada, fue como dar un paseo.

Hasta que por fin empezaron con el "Operativo Ordóñez". Lo llamaban así: "Operativo Ordóñez", pero yo en seguida me di cuenta. No porque me dijeran nada, sino que fue la sensación.

A veces me pasa que de golpe me doy cuenta de algo y si me preguntan por qué, no sé qué decir.

Al principio hubiera querido hablarlo
con Javier, pero no pude. Además yo no
estaba segura, quiero decir, no iba a pode
explicárselo, él me iba a decir que estaba
loca porque ninguno de ellos me había di
cho: "Necesitamos que vos te acuestes co
Ordóñez". Por lo menos, así, directament
pero yo me di cuenta.

Andaba todo el día con una sensación
ra: viste cuando uno está en una terraza o
en un lugar alto que tiene miedo y al mismo tiempo como ganas de tirarse, algo as

Además, si te cuento te vas a reír: me
acordé de una película donde Michele
Morgan se tiene que acostar con un alemán. Es el tiempo de la guerra y ella se ti
ne que acostar con un alemán. Qué sé yo,
me acordé de eso y pensé que ellos estab
esperando que yo lo planteara, que ellos
se animaban a pedírmelo. Por eso fue qu
me paré y les dije: "Ustedes saben que yo
lo conozco a Ordóñez". Me paré, ¿sabés?
sola en medio de la reunión y trataba de
mirarlo a Javier. Si seré tonta, me daba
vergüenza mirarlo y no quería que él se
sintiera mal, pero mientras hablaba estab
segura que me iba a interrumpir. Me iba
decir que me sentara. La verdad, no sé qu
le hubiera contestado si él me hubiera dicho algo, pero de todos modos Javier
seguía fumando, sin levantar la cabeza, m
rando el piso.

Entonces yo les dije que si a ellos les p
recía útil. "Si a ustedes les parece útil", l
dije, "yo lo llamo".

CINTA B - LADO I

Cuando llamó, me sonó raro. Parecía d
masiado necesitada de verme y yo, vos s
bés, desconfío por principio de los arranques pasionales. Sobre todo con ella, que
se entusiasma hasta el delirio con la nove
que está leyendo y si te toca la versión
Temple Drake mejor esquivarla por unos

Noticia biográfica de Guillermo Piro. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Espasa Calpe



Por Ricardo Piglia

MATA-HARI 55

La mayor incomodidad de esta historia es ser cierta. Se equivocan los que piensan que es más fácil contar hechos verídicos que inventar una anécdota, sus relaciones y sus leyes. La realidad, es sabido, tiene una lógica esquiva; una lógica que parece, a ratos, imposible de narrar. Frente al riesgo de violentarla con la ficción, he preferido transcribir casi sin cambios el material grabado por mí en sucesivas entrevistas. La lealtad del Grundig W2A portátil sirve como testigo de la verdad de este relato que me fue referido, por primera vez, entre el atardecer y la medianoche de un día de verano, en el bar Ramos de Corrientes y Montevideo.

R.P.

CINTA A - Lado I

Estoy seguro que él nunca le dijo: "Tenés que acostarte con Ordóñez". Quiero decir: nunca se lo dijo así, brutalmente. Fue más bien una maniobra por control remoto que al final se le escapó de las manos. Una especie de bumerán: lo tirás como sin ganas y por casualidad para un lado y si no te agachás te corta la cabeza.

Vos tendrías que conocerla para darte cuenta: es del tipo de las trágicas, de las apasionadas. Cuando elige un papel ya no para: si es posible de mártir o de puta o de enfermera en el Congo. Cualquier cosa, pero con heroísmo. Con ráfagas de ametralladora y heridos tirados por el suelo. O muchacha que se acuesta con peronista para salvar la Patria mientras cae el telón y los de la banda le dan con todo a la Marcha de San Lorenzo.

Cuando yo la conocí se le había dado por cambiarse el nombre. Hasta entonces se había llamado Marta o Luisa, algo por el estilo, pero lo encontraba demasiado vulgar. Al principio estaba un poco desorientada. A los dos meses había pasado por Ligeia, por Lola y andaba por Delfina mientras leía la vida de Pancho Ramírez.

Dos años después, cuando volví a encontrarla, todavía no se había decidido.

Supongo que él le habrá tomado el tiempo a los diez minutos de conocerla. Cuando descubrió la posibilidad la fue encauzando, seduciendo de a poco: la metió en dos o tres reuniones con distribución de armas, himno nacional y nombres cifrados y al final la embaló en el papel de Mata-Hari nacional.

Todo pasaba en julio o agosto del '55, unos días antes de la revolución. Yo no creo que ella entendiera mucho de Comandos Civiles, de Cristo Vence y esas cosas, pero le encantaba el misterio, el peligro, la furtividad con que venía empaquetado el asunto.

Al principio se reunían con ella por Palermo, sin bajarse del auto, dando vueltas al lago con la luz apagada y hablándole en voz baja hasta dejarla hecha una seda, convencida de todo.

La engatusaban con la puesta en escena, pobrecita, ella que en el fondo siempre quiso ser Eva Perón.

Seguro pensaba en la Revolución Francesa, en el desfile por Santa Fe después de la Bastilla, todos en el capó del auto, levantando las metralletas mientras de las ventanas llueven flores y el viento agita las banderas y todos cantan.

Por supuesto, cuando vino la revolución y el desfile ella no se contaba entre los asistentes, sino estudiando gramática francesa en la Alianza porque quería irse a Europa.

Eso después.

En aquel tiempo pensaba todo el día en la Liberación y ensayaba, sin darse cuenta, el tipo gorro frigio y ojos llameantes. Estaba tan llena de literatura que vos no te hacés una idea. Por eso me da bronca pensar cómo la usaron. Cuando me lo contó, estuve a punto de denunciarlos, mandarlos presos, pero no tenía sentido y además ya se olfateaba la revolución en el aire. Por otra parte eran inofensivos: chicos de la FUBA, vos te das cuenta, mareados por las crónicas de la Resistencia francesa, los maquís peleando contra la Gestapo, cosas así.

CINTA A - Lado II

Vos no me vas a creer. Parece mentira, sabés: el modo como los conocí, todo. Me hace acordar a algo, a una película, no sé. Es raro, ¿te das cuenta? Como si le hubiera pasado a otra y yo, ahora, pudiera mirarla desde aquí lo más tranquila y acordarme.

Además yo a Javier lo conocí por casualidad. Porque para mí todo empezó cuando lo conocí a Javier. Bueno no sé si empezó justo ahí, pero él fue la causa. Yo sabía que andaba metido en política, pero a mí mucho no me interesaba; la verdad, lo peor era que no tuviéramos tiempo para vernos: a veces, los sábados y domingos él tenía reunión y yo me opiaba sola, en un cine o caminando por la calle.

No sé si lo quería. Me gustaba mucho, eso sí. Tenía el pelo de un color tan raro, si vieras, de un rubio tirando a ceniza, a gris y cuando el sol le pegaba en el pelo se iluminaba todo, parecía un dios.

Salíamos una vez cada tanto, pero cada vez menos y estoy segura que se hubiera terminado todo si no fuera por aquella tarde en la facultad cuando él me preguntó: "¿Lo conocés?" "¿A quién?", le dije yo. "A ese que saludaste." "¿A Germán? Sí, ¿por?" "¿Sabés lo que es?" Y mirá si seré estúpida que le contesté: "Claro, es abogado". Y no me di cuenta que era por lo del peronismo. El me miró como si no me hubiera escuchado. "¿Así que lo conocés?", dijo y yo pensé que eran celos y me apreté contra él y le empecé a explicar.



Vos no me vas a creer. Parece mentira, sabés: el modo como los conocí, todo. Me hace acordar a algo, a una película, no sé. Es raro, ¿te das cuenta? Como si le hubiera pasado a otra y yo, ahora, pudiera mirarla desde aquí lo más tranquila y acordarme.



Después de eso cambió. Yo me doy cuenta ahora. En aquel tiempo me encantaba que nos viéramos más seguido, que Javier empezara a hablarme de política, como buscando que yo lo comprendiera.

Yo me entusiasmo fácil, siempre me pasa. Cuando quise acordarme estaba yendo a las reuniones.

Además era tan emocionante, tan misterioso, si vieras. Me parecía mentira que en medio de Buenos Aires pudiera andar gente con armas, reuniéndose en secreto y queriendo hacer una revolución.

Yo pensaba que se nos notaba en la cara. A veces iba por la calle y sentía que todos me miraban o que me seguía algún policía disfrazado.

Nos encontrábamos en bares exóticos por Constitución o en el Bajo; íbamos a un hotel de Adrogué lleno de eucaliptus. Me daban las direcciones anotadas de un modo extraño, en papeles doblados o con algún número cambiado. Después, para entrar, había que decir frases. Un tipo te preguntaba: "¿Y los cóndores?". Y vos tenías que contestar: "Vuelan lento...".

Una vez yo estaba tan contenta que cuando el tipo me preguntó: "¿Y los cóndores?". "Bien, gracias", le contesté. Adentro me hicieron un lío porque dijeron que yo no era seria o que no me tomaba las cosas en serio, algo por el estilo. Y para colmo yo estaba tentada.

Pero miento si te digo que no me lo tomaba en serio. Yo creía en todo: que tenía razón y que a Perón había que voltearlo para salvar la Patria. Yo quería hacer algo, cualquier cosa, pero ellos siempre me contestaban que tenía que esperar. Se la pasaban organizando grupos, comandos y esas cosas, claro que yo apenas me enteraba porque en las reuniones todo era en clave. Fui cerca de tres meses y nunca me hicieron hacer nada.

Una sola vez salí con ellos en coche y pasamos a toda velocidad por Plaza Congreso tirando papeles. La verdad que no sentí nada, fue como dar un paseo.

Hasta que por fin empezaron con el "Operativo Ordóñez". Lo llamaban así: "Operativo Ordóñez", pero yo en seguida me di cuenta. No porque me dijeran nada, sino que fue la sensación.

A veces me pasa que de golpe me doy cuenta de algo y si me preguntan por qué, no sé qué decir.

Al principio hubiera querido hablarlo con Javier, pero no pude. Además yo no estaba segura, quiero decir, no iba a poder explicárselo, él me iba a decir que estaba loca porque ninguno de ellos me había dicho: "Necesitamos que vos te acuestes con Ordóñez". Por lo menos, así, directamente, pero yo me di cuenta.

Andaba todo el día con una sensación rara: viste cuando uno está en una terraza o en un lugar alto que tiene miedo y al mismo tiempo como ganas de tirarse, algo así.

Además, si te cuento te vas a reír: me acordé de una película donde Michele Morgan se tiene que acostar con un alemán. Es el tiempo de la guerra y ella se tiene que acostar con un alemán. Qué sé yo, me acordé de eso y pensé que ellos estaban esperando que yo lo planteara, que ellos no se animaban a pedírmelo. Por eso fue que me paré y les dije: "Ustedes saben que yo lo conozco a Ordóñez". Me paré, ¿sabés?, sola en medio de la reunión y trataba de no mirarlo a Javier. Si seré tonta, me daba vergüenza mirarlo y no quería que él se sintiera mal, pero mientras hablaba estaba segura que me iba a interrumpir. Me iba a decir que me sentara. La verdad, no sé qué le hubiera contestado si él me hubiera dicho algo, pero de todos modos Javier seguía fumando, sin levantar la cabeza, mirando el piso.

Entonces yo les dije que si a ellos les parecía útil. "Si a ustedes les parece útil", les dije, "yo lo llamo".

CINTA B - LADO I

Cuando llamó, me sonó raro. Parecía demasiado necesitada de verme y yo, vos sabés, desconfío por principio de los arranques pasionales. Sobre todo con ella, que se entusiasma hasta el delirio con la novela que está leyendo y si te toca la versión Temple Drake mejor esquivarla por unos días o llevarla al cine a ver una de las carmelitas descalzas, para balancear. De todos modos, como te imaginás, también yo me dejé arrastrar por el entusiasmo y nos citamos para esa misma noche.

Hacía siglos que no hablaba con ella. La había conocido en Mar del Plata, en el verano del '53. El asunto se alargó hasta mediados de julio, ya en Buenos Aires, y se desinfló dulcemente a pesar de las mutuas promesas de amor eterno.

Después nos encontramos tres o cuatro veces por el centro, sobre todo al principio, cuando a ella todavía le duraba el tostado. En general terminábamos en la cama, alegremente y sin complicaciones, deseándonos mutuamente felicidad y prontas llamadas telefónicas.

Estuve casi un año sin verla hasta una tarde –dos o tres meses antes de lo que te cuento– que la crucé casualmente en la facultad y ella me saludó apurada, como con miedo de que yo fuera a pararme. Supuse que era porque estaba al lado de uno de esos tipos de FUBA que sabían que yo era peronista y ella no quiso que el tipo se enterara que yo la conocía.

También por eso me extrañó que me llamara, tan expansiva y de golpe, con ganas de verme y charlar un rato.

Así que me preparé como para el Colón, con traje oscuro y lavanda Yardley, pero en el fondo bastante intrigado. Quedamos citados en el Jockey de Florida, y yo llegué temprano y pagué el café en cuanto me lo trajeron, cosa de sacarla de allí no bien entrara, llevarla a un lugar con más clima, esquivar las formalidades caminando por la calle.

Verla entrar, pararme para salirle al paso y por poco no caerme de espaldas fue todo uno.

Mientras ella iba entrando, yo cruzaba entre las mesas y no lo podía creer. Estoy seguro que hasta me paré en medio de la confitería con todo el mundo mirando. Parecía... ¿Cómo te puedo explicar?... ¿Viste una sufragista?... ¿Te acordás de esas minas con botas de media caña y carteles que salían en *La Vanguardia*? Algo así, pero no exactamente porque era más patético. Estaba disfrazada, te juro. Disfrazada de hombre, qué sé yo: con un pulóver negro y el pelo pegado a la cara, sin pintarse y con un par de zapatos como para caminar sobre la nieve. Daba tristeza, ganas de comprarle ropa.

Pobrecita, carajo, ahora que pienso.

"Estás linda", le dije mientras salíamos y me miró como para matarme y dijo: "Vos siempre con lo mismo", algo así.

Bajamos por Viamonte hacia Leandro Alem y ella caminaba rígida, como escondiendo el cuerpo y para colmo no podíamos salir de "Y vos qué tal" y otras consideraciones igualmente espontáneas sobre el calor y la humedad de Buenos Aires.

Por fin terminamos en "La escalerita" uno a cada lado de la mesa y callados.

Cada tanto ella se pasaba la mano por el pelo, como acordándose de sus tiempos de esplendor o queriendo despeinarse y estar más fea.

Al final nos trajeron un whisky y entonces respiré más aliviado porque al menos había algo que hacer.

Al rato habíamos tomado tanto para disimular el silencio que estábamos los dos bastante alegres: yo queriendo llevármela con urgencia a la cama, a pesar del uniforme, y ella emperrada en no sé qué historia y queriendo irse. "Pero para qué carajo me llamaste", pensaba o le decía yo, y a ella se le había dado por emocionarse y decir que me amaba o que me había amado, algo así, porque se le confundía el tiempo de verbo y para colmo se le había dado por llorar.

Cada vez que empezaba con la historia del amor, yo sentía renacer la esperanza. "Bueno, ya está", pensaba, "ahora nos vamos a la cama y santas pascuas". Pero no. Es tan tenaz que no te hacés una idea. Volvía a llorar, a cruzarse la mano por la nariz y a querer irse.

Yo trataba de sosegarla y entonces ella quería explicarme algo, pero supongo que yo estaba obsesivo y lo único que quería que me explicara era por qué se había vestido así, como para un picnic. "Vos no entendés", me decía, "yo cambié mucho". "Estoy seguro." Yo la interrumpía para decirle que estaba seguro que había cambiado mucho y la tenía de un brazo y le juraba por Dios que iba a hacer todo lo que pudiera para que fuera otra vez la de antes y ella otra vez a decirme que yo no entendía y yo a jurarle y ella a querer explicarme y yo a decirle.

Así, cerca de una hora.

Hasta que al fin corté la ronda, la levanté de un brazo y la subí a un taxi que cruzaba por Tucumán mandado por Dios.

En el taxi ella se apretó contra mí y lloraba despacito, como queriendo que la notara. De vez en cuando se le cruzaba uno de esos suspiros que se complican con la nariz y hacen un ruido raro, casi un grito y entonces el chofer nos fichaba, insistente, por el espejito reglamentario. Yo le hacía un gesto con la cara como diciendo "¿qué le vas a hacer, pibe?" y él seguía ligero por Las Heras para arriba.

La verdad, ahora que pienso, vistos de afuera, desde el ángulo del chofer, por ejemplo, debíamos parecer algo exóticos: ella con su cara de ex alumna de Nuestra Señora del Huerto pero vestida de boy scout y yo de oscuro, de camisa celeste y trabita de oro, con todo el tipo del cuarentón sádico.

Cuando llegamos y me agaché para pagarle al chofer me miró como diciendo: "No le da vergüenza, don". Yo le dejé veinte pesos de propina, pero seguro que lo mismo se anotó en la cabeza el número de mi casa, por las dudas.

CINTA B - LADO II

Adentro todo pasó de golpe.

O ahora me parece que pasó de golpe y fue distinto, no estoy seguro.

Me acuerdo que ni bien entramos ella se arrimó a la ventana y se quedó mirando la plaza, como pensando algo.

Yo aproveché para apagar la luz que me había dejado prendida, para traer vasos y servir whisky, para entornar la puerta del dormitorio porque siempre causa mala impresión.

Por fin me le arrimé, tratando de parecer vivamente interesado en el paisaje urbano de Palermo Chico, pero cuando le puse la mano encima se echó para atrás como si yo hubiera querido tirarla por la ventana.

Cruzó todo el living y se paró en un costado, justo abajo de la única lámpara prendida. Yo la dejaba hacer y fumaba, sin sacarle los ojos de encima. Era bastante absurdo, bien mirado, una mujer metida adentro de una lámpara de pie, con luz por todos lados. Seguro tenía un calor bárbaro pero trataba de disimularlo, sonriendo.

Vos tendrías que haberle visto la sonrisa para poder contarlo. Tenía la cara seria, blanqueada por la luz y destapaba los dientes como si, más que nada, estuviera a punto de largarse a llorar.



Yo trataba de sosegarla y entonces ella quería explicarme algo, pero supongo que yo estaba obsesivo y lo único que quería que me explicara era por qué se había vestido así, como para un picnic. "Vos no entendés", me decía, "yo cambié mucho".



Al rato pareció decidirse.

–¿No me vas a servir whisky? –dijo, enfilando hacia la mesa ratona.

Levantó un vaso y se me vino.

Yo estaba sentado en el sillón y ella se paró enfrente y me miraba desde arriba, el vaso a la altura de los ojos, a través del vidrio. Se hamacaba, sin moverse del lugar, como queriendo seducirme.

Daba pena, pobrecita, haciendo de mujer fatal con ese pulóver todo desteñido y los zapatones.

Te juro que en un momento estuve a punto de prender la luz, sacarle el vaso y mandarla a su casa a dormir el whisky. Pero no sé si llegué a pensarlo o se me ocurre ahora porque cuando me quise acordar ya estábamos en el dormitorio, ella colgada de mí y yo tratando de esquivar los muebles, sin soltarla y haciéndola girar, para ubicar la cama por encima de su hombro.

Cuando llegamos empecé a hablarle bajito, a dejarla que se fuera calmando mientras le sacaba el uniforme, trabajosamente, hasta dejarla desnuda, los dos tirados en la cama pero yo todavía con el traje y los zapatos puestos porque no había querido distraerme, no fuera cosa que empezara de nuevo.

Mientras me desvestía traté de seguir acariciándola, pero es muy difícil, vos viste. No hay modo de cuidar el estilo si estás todo encorvado, luchando con un par de zapatos, y en calzoncillos.

No sé cómo explicarte, ya te dije que las cosas se me mezclaban, culpa del whisky, supongo, pero ahora se me da por pensar que ahí pasó algo.

No me acuerdo muy bien, sé que yo estaba meta saltar en un pie peleando por sacarme los zapatos y que de pronto ella se reía, como antes.

–Estás bastante ridículo, parecés un elefante bailando el can-can –me dijo, y en ese momento no me causó ninguna gracia aunque ahora pienso que desnuda y riéndose con todo el cuerpo ya era otra, era la de siempre, la del verano del '53.

Fue todo un acontecimiento volver a encontrarla, descubrir otra vez esa curva del vientre, el gusto de la boca, recordar de nuevo el ritmo justo para verla arquearse y gemir como una gata. De todos modos lo que importa pasó después y ahora vas a entender por qué te cuento esto y por qué quiero que vos lo contés.

Pasó al rato, los dos tirados boca arriba y fumando, yo le acariciaba los muslos, le rozaba el vientre con la mano y de golpe ella dio vuelta la cara.

–Germán... –dijo y yo le pregunté qué quería sin mucho entusiasmo.

–Nada... Nada... –me dijo mirando el aire con una sonrisa rara y como pensando en otra cosa.

Yo le seguí pasando la mano por el vientre, comprobando que todavía le duraba una especie de línea divisoria, una franja donde la piel se le aclaraba, entre el vientre y los muslos.

–Germán... –repitió, al rato.

–¿Qué?

–Vos no me vas a creer...

–¿Cómo?

–Digo que no me vas a creer...

Yo estaba medio dormido y apenas la escuchaba y le contesté cualquier cosa.

–Sí, querida, te voy a creer, no te preocupés, date vuelta y dormí.

Algo por el estilo, pero ella seguía, los ojos firmes en el aire.

–Parece un sueño. Una película, no sé. Como si le hubiera pasado a otra y yo, ahora, pudiera mirarla desde aquí, lo más tranquila y acordarme. No sé si te das cuenta.

–No. No me doy cuenta –le contesté, furioso, porque se me había ocurrido darme vuelta y con el codo había volcado el cenicero, así que de golpe la cama era un asco de puchos y ceniza por todos lados.

Y mientras yo me arrodillaba en el colchón, puteando y, trataba de juntar la ceniza y pasarla al cenicero, las cosas se complicaban. Especialmente porque la ceniza es muy jodida de agarrar, se mete en los recovecos del colchón y entonces casi no me daba cuenta que ella había empezado a contarme todo esto, sin importarle que yo estuviera luchando con los montoncitos de ceniza, sin importarle que yo la fuera entendiendo de a poco, déle sacudir las sábanas, mientras ella seguía hablando lo más tranquila, porque no era a mí (y esto lo pienso ahora por primera vez) a quien le estaba descubriendo las reuniones y los nombres, detalladamente, no era a mí sino a ella misma. A ella misma, ¿te das cuenta? ■

Noticia biográfica de Guillermo Piro. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Espasa Calpe.



RI 55

días o llevarla al cine a ver una de las carmelitas descalzas, para balancear. De todos modos, como te imaginás, también yo me dejé arrastrar por el entusiasmo y nos citamos para esa misma noche.

Hacía siglos que no hablaba con ella. La había conocido en Mar del Plata, en el verano del '53. El asunto se alargó hasta mediados de julio, ya en Buenos Aires, y se desinfló dulcemente a pesar de las mutuas promesas de amor eterno.

Después nos encontramos tres o cuatro veces por el centro, sobre todo al principio, cuando a ella todavía le duraba el tostado. En general terminábamos en la cama, alegremente y sin complicaciones, deseándonos mutuamente felicidad y prontas llamadas telefónicas.

Estuve casi un año sin verla hasta una tarde –dos o tres meses antes de lo que te cuento– que la crucé casualmente en la facultad y ella me saludó apurada, como con miedo de que yo fuera a pararme. Supuse que era porque estaba al lado de uno de esos tipos de FUBA que sabían que yo era peronista y ella no quiso que el tipo se enterara que yo la conocía.

También por eso me extrañó que me llamara, tan expansiva y de golpe, con ganas de verme y charlar un rato.

Así que me preparé como para el Colón, con traje oscuro y lavanda Yardley, pero en el fondo bastante intrigado. Quedamos citados en el Jockey de Florida, y yo llegué temprano y pagué el café en cuanto me lo trajeron, cosa de sacarla de allí no bien entrara, llevarla a un lugar con más clima, esquivar las formalidades caminando por la calle.

Verla entrar, pararme para salirle al paso y por poco no caerme de espaldas fue todo uno.

Mientras ella iba entrando, yo cruzaba entre las mesas y no lo podía creer. Estoy seguro que hasta me paré en medio de la confitería con todo el mundo mirando. Parecía... ¿Cómo te puedo explicar?... ¿Viste una sufragista?... ¿Te acordás de esas minas con botas de media caña y carteles que salían en *La Vanguardia*? Algo así, pero no exactamente porque era más patético. Estaba disfrazada, te juro. Disfrazada de hombre, qué sé yo: con un pulóver negro y el pelo pegado a la cara, sin pintarse y con un par de zapatos como para caminar sobre la nieve. Daba tristeza, ganas de comprarle ropa.

Pobrecita, carajo, ahora que pienso.

"Estás linda", le dije mientras salíamos y me miró como para matarme y dijo: "Vos siempre con lo mismo", algo así.

Bajamos por Viamonte hacia Leandro Alem y ella caminaba rígida, como escondiendo el cuerpo y para colmo no podíamos salir de "Y vos qué tal" y otras consideraciones igualmente espontáneas sobre el calor y la humedad de Buenos Aires.

Por fin terminamos en "La escalerita" uno a cada lado de la mesa y callados.

Cada tanto ella se pasaba la mano por el pelo, como acordándose de sus tiempos de esplendor o queriendo despeinarse y estar más fea.

Al final nos trajeron un whisky y entonces respiré más aliviado porque al menos había algo que hacer.

Al rato habíamos tomado tanto para disimular el silencio que estábamos los dos bastante alegres: yo queriendo llevármela con urgencia a la cama, a pesar del uniforme, y ella emperrada en no sé qué historia y queriendo irse. "Pero para qué carajo me llamaste", pensaba o le decía yo, y a ella se le había dado por emocionarse y decir que me amaba o que me había amado, algo así, porque se le confundía el tiempo de verbo y para colmo se le había dado por llorar.

Cada vez que empezaba con la historia del amor, yo sentía renacer la esperanza. "Bueno, ya está", pensaba, "ahora nos vamos a la cama y santas pascuas". Pero no. Es tan tenaz que no te hacés una idea. Volvía a llorar, a cruzarse la mano por la nariz y a querer irse.

Yo trataba de sosegarla y entonces ella quería explicarme algo, pero supongo que yo estaba obsesivo y lo único que quería que me explicara era por qué se había vestido así, como para un picnic. "Vos no entendés", me decía, "yo cambié mucho". "Estoy seguro." Yo la interrumpía para decirle que estaba seguro que había cambiado mucho y la tenía de un brazo y le juraba por Dios que iba a hacer todo lo que pudiera para que fuera otra vez la de antes y ella otra vez a decirme que yo no entendía y yo a jurarle y ella a querer explicarme y yo a decirle.

Así, cerca de una hora.

Hasta que al fin corté la ronda, la levanté de un brazo y la subí a un taxi que cruzaba por Tucumán mandado por Dios.

En el taxi ella se apretó contra mí y lloraba despacito, como queriendo que la notara. De vez en cuando se le cruzaba uno de esos suspiros que se complican con la nariz y hacen un ruido raro, casi un grito y entonces el chofer nos fichaba, insistente, por el espejito reglamentario. Yo le hacía un gesto con la cara como diciendo "¿qué le vas a hacer, pibe?" y él seguía ligero por Las Heras para arriba.

La verdad, ahora que pienso, vistos de afuera, desde el ángulo del chofer, por ejemplo, debíamos parecer algo exóticos: ella con su cara de ex alumna de Nuestra Señora del Huerto pero vestida de boy scout y yo de oscuro, de camisa celeste y trabita de oro, con todo el tipo del cuarentón sádico.

Cuando llegamos y me agaché para pagarle al chofer me miró como diciendo: "No le da vergüenza, don". Yo le dejé veinte pesos de propina, pero seguro que lo mismo se anotó en la cabeza el número de mi casa, por las dudas.

CINTA B - LADO II

Adentro todo pasó de golpe.

O ahora me parece que pasó de golpe y fue distinto, no estoy seguro.

Me acuerdo que ni bien entramos ella se arrimó a la ventana y se quedó mirando la plaza, como pensando algo.

Yo aproveché para apagar la luz que me había dejado prendida, para traer vasos y servir whisky, para entornar la puerta del dormitorio porque siempre causa mala impresión.

Por fin me le arrimé, tratando de parecer vivamente interesado en el paisaje urbano de Palermo Chico, pero cuando le puse la mano encima se echó para atrás como si yo hubiera querido tirarla por la ventana.

Cruzó todo el living y se paró en un costado, justo abajo de la única lámpara prendida. Yo la dejaba hacer y fumaba, sin sacarle los ojos de encima. Era bastante absurdo, bien mirado, una mujer metida adentro de una lámpara de pie, con luz por todos lados. Seguro tenía un calor bárbaro pero trataba de disimularlo, sonriendo.

Vos tendrías que haberle visto la sonrisa para poder contarlo. Tenía la cara seria, blanqueada por la luz y destapaba los dientes como si, más que nada, estuviera a punto de largarse a llorar.

> **"Yo trataba de sosegarla y entonces ella quería explicarme algo, pero supongo que yo estaba obsesivo y lo único que quería que me explicara era por qué se había vestido así, como para un picnic. "Vos no entendés", me decía, "yo cambié mucho".**



Al rato pareció decidirse.

–¿No me vas a servir whisky? –dijo, enfilando hacia la mesa ratona.

Levantó un vaso y se me vino.

Yo estaba sentado en el sillón y ella se paró enfrente y me miraba desde arriba, el vaso a la altura de los ojos, a través del vidrio. Se hamacaba, sin moverse del lugar, como queriendo seducirme.

Daba pena, pobrecita, haciendo de mujer fatal con ese pulóver todo desteñido y los zapatones.

Te juro que en un momento estuve a punto de prender la luz, sacarle el vaso y mandarla a su casa a dormir el whisky. Pero no sé si llegué a pensarlo o se me ocurre ahora porque cuando me quise acordar ya estábamos en el dormitorio, ella colgada de mí y yo tratando de esquivar los muebles, sin soltarla y haciéndola girar, para ubicar la cama por encima de su hombro.

Cuando llegamos empecé a hablarle bajito, a dejarla que se fuera calmando mientras le sacaba el uniforme, trabajosamente, hasta dejarla desnuda, los dos tirados en la cama pero yo todavía con el traje y los zapatos puestos porque no había querido distraerme, no fuera cosa que empezara de nuevo.

Mientras me desvestía traté de seguir acariciándola, pero es muy difícil, vos viste. No hay modo de cuidar el estilo si estás todo encorvado, luchando con un par de zapatos, y en calzoncillos.

No sé cómo explicarte, ya te dije que las cosas se me mezclaban, culpa del whisky, supongo, pero ahora se me da por pensar que ahí pasó algo.

No me acuerdo muy bien, sé que yo estaba meta saltar en un pie peleando por sacarme los zapatos y que de pronto ella se reía, como antes.

–Estás bastante ridículo, parecés un elefante bailando el can-can –me dijo, y en ese momento no me causó ninguna gracia aunque ahora pienso que desnuda y riéndose con todo el cuerpo ya era otra, era la de siempre, la del verano del '53.

Fue todo un acontecimiento volver a encontrarla, descubrir otra vez esa curva del vientre, el gusto de la boca, recordar de nuevo el ritmo justo para verla arquearse y gemir como una gata. De todos modos lo que importa pasó después y ahora vas a entender por qué te cuento esto y por qué quiero que vos lo contés.

Pasó al rato, los dos tirados boca arriba y fumando, yo le acariciaba los muslos, le rozaba el vientre con la mano y de golpe ella dio vuelta la cara.

–Germán... –dijo y yo le pregunté qué quería sin mucho entusiasmo.

–Nada... Nada... –me dijo mirando el aire con una sonrisa rara y como pensando en otra cosa.

Yo le seguí pasando la mano por el vientre, comprobando que todavía le duraba una especie de línea divisoria, una franja donde la piel se le aclaraba, entre el vientre y los muslos.

–Germán... –repitió, al rato.

–¿Qué?

–Vos no me vas a creer...

–¿Cómo?

–Digo que no me vas a creer...

Yo estaba medio dormido y apenas la escuchaba y le contesté cualquier cosa.

–Sí, querida, te voy a creer, no te preocupés, date vuelta y dormí.

Algo por el estilo, pero ella seguía, los ojos firmes en el aire.

–Parece un sueño. Una película, no sé. Como si le hubiera pasado a otra y yo, ahora, pudiera mirarla desde aquí, lo más tranquila y acordarme. No sé si te das cuenta.

–No. No me doy cuenta –le contesté, furioso, porque se me había ocurrido darme vuelta y con el codo había volcado el cenicero, así que de golpe la cama era un asco de puchos y ceniza por todos lados.

Y mientras yo me arrodillaba en el colchón, puteando y, trataba de juntar la ceniza y pasarla al cenicero, las cosas se complicaban. Especialmente porque la ceniza es muy jodida de agarrar, se mete en los recovecos del colchón y entonces casi no me daba cuenta que ella había empezado a contarme todo esto, sin importarle que yo estuviera luchando con los montoncitos de ceniza, sin importarle que yo la fuera entendiendo de a poco, déle sacudir las sábanas, mientras ella seguía hablando lo más tranquila, porque no era a mí (y esto lo pienso ahora por primera vez) a quien le estaba descubriendo las reuniones y los nombres, detalladamente, no era a mí sino a ella misma. A ella misma, ¿te das cuenta? ■

Recitales Verano '98 MUSICA JUNTO AL MAR

En la plaza Almirante Brown, a partir de las 21 hs. Libre y gratuito, organizado por el gobierno bonaerense a través de la Subsecretaría de Cultura.

Viernes 23, Los Chalchaleros
Los acompañan el conjunto Los Otros de Florencio Varela y Carlos Sierra de La Matanza, ganadores de los Torneos Juveniles Bonaerenses edición 1997.

Miércoles 28, Pimpinela

Santiago Villalba, de Moreno, ganador de los Torneos, cantará previamente.

Programación Enero y Febrero '98

TEATRO AUDITORIUM

23, 24, 25, 29, 30 y 31 de enero (22.30 hs.)
"Sardinas Ahumadas"
Con Victoria Carreras y María Marchi
De Jean-Claude Danaud. Versión y dirección: Kado Kostzer.
Es la caricatura de cierta burguesía, un catálogo de los prejuicios y temores de los recién llegados a la gran ciudad. Dos mujeres se encuentran del otro lado del muro de una mansión. Concepción es una mujer que vive en la calle, Remedios es una sirvienta paraguaya que al encontrarse entablarán una fuerte amistad y entre las dos tratarán de modificar sus situaciones.
SALA GREGORIO NACHMAN

23, 24, 25, 28, 29, 30, 31 de enero (20.30 hs.)
"Qué difícil es decir adiós"
De Jorge Núñez. Elenco: María Concepción César, Alfonso De Grazia, Marcos Zucker. Dirección: Alberto Cattan.
El amor, signo o símbolo irreemplazable de cualquier etapa de la vida, es un disparador no sólo de los sentimientos sino también de las conductas; nos hace sentir eufóricos, nos destruye, nos hace traicionar, nos redime, nos induce a hacer tonterías o grandezas.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

26 (21.30 hs.)
"Alegría, duende... y olé". Los Malagueños
Toda la gama de la danza española, desde la escuela bolera hasta el flamenco.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO
26 (23.00 hs.)
"Piazzolla, una pasión".
Grupo Vocal TEV
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

26, 27 (19.30 hs.)
"Patas Cortas". Grupo Teatrantes
Elenco: Mónica Arrech, Gabriel Celaya, Cecilia Martín y Leo Rizzi. Espectáculo infantil donde se destacan los trucos de magia, el humor y una particular historia de humor. Los protagonistas son: el león Patas Cortas, el detective privado Escondetequeteencuentro y la Maga, dueña de un circo vecino.
SALA GREGORIO NACHMAN

26, 27 (21 hs.)
"Ni alas, ni raíces"
Agrupación teatral ¿Qué perdemos? Libro y dirección: Julio Lascano
En tono de comedia, la pieza aborda el tema de la libertad en sus diversas manifestaciones.
SALA GREGORIO NACHMAN

26, 27 (23 hs.)
"Al sur del canto"
Suma Paz, Alfredo "Indio" Urquiza, Jorge Víctor Andrada y la pareja de baile Juan Carlos Luna.
Espectáculo de canto, danza y poesía que permite disfrutar de las composiciones de Atahualpa Yupanqui, Martínez Paiva, Ñusta de Piorno, Alfredo Zitarrosa, José Hernández, entre otros.
SALA GREGORIO NACHMAN

27, 28 (23 hs.)
"Artistas de patio"
Luisa Calcumil y el Grupo de Teatro La Cuadrilla
Refleja la ternura, el realismo mágico de las zonas del sur, el modo en que distintos personajes venidos de lugares disímiles, cada uno con su historia, va encontrando un lugar para trabajar y vivir, como también amores y odios.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

27 (22 hs.)
"La nave entre-abierta" (Danza itinerante)
Grupo DANZARES, con la participación especial del actor Carlos Juárez.
El grupo Danzares se introduce en un canal de búsquedas abiertas, donde fluyen sensaciones cotidianas. La resistencia al tiempo, relaciones atemporales, encuentros y desencuentros mientras se transita por un mundo que se mueve a velocidad vertiginosa.
ESPACIO NAVE

28 (21 hs.)
"Con el alma". Canciones de amor y agua
De Néstor Zapata y Osvaldo Buzzo.
Música y poesía a cargo de Enrique Llopis, Carlos Schwaderer y elenco.
SALA GREGORIO NACHMAN

28, 29 (21 hs.)
"Rosas rojas para dos damas tristes"
De Susana Hubeid. Con Esther Borda, Marta Rigau y Aníbal Arraez.
Dirección: Horacio Montanelli.
La monótona existencia de dos mujeres solteras, Delmira y Agustina, que se sobreponen a una vida gris sin perspectivas, limitadas por la soledad, eldesamor y por ese microcosmos en el que están inmersas..., hasta que aparece Homolka, un mecánico simple, primitivo y oportunista. Las situaciones hacen aflorar la naturaleza de los tres personajes con humor y sutileza.
SALA GREGORIO NACHMAN

28, 29 (24 hs.)
Cine Arte Auditorium
SALA ASTOR PIAZZOLLA

23, 24, 25, 29, 30, 31 (22.30 hs.)
"Luisa Fernanda"
Zarzuela de Moreno Torroba.
Con Vicente Lo Piano, Rubén Torres y gran elenco
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

23, 30 (21 hs.)
"Desnuda de terciopelo"
Unipersonal de Mónica Alfonso.
Dirección: Chiqui González
Terciopelo, tul, lycra y seda son las texturas que van tejiendo un mundo propio para representar los sueños, la pubertad y el matrimonio, la seducción y la siempre feroz función de la memoria. Basado en textos de Luis de Góngora, Chico Buarque, Eduardo Galeano, Marguerítte Duras, Javier Villafañe, entre otros.
SALA GREGORIO NACHMAN

26, 27 (0.30 hs.)
"De los innumerables desencuentros de dos suicidas en una cornisa"
Con María Asunción Bellido y Eduardo Alías. Dirección Marcelo Marán.
Dos suicidas, o al menos ellos piensan eso, suben a respirar por última vez el aire viciado de un mundo que los ha dejado al margen, sin proyectos. Los personajes, entre humor y tragedia, juegan patéticamente a sostenerse en los márgenes de una cornisa sabiendo que lo de ellos es vocación por el vacío.
SALA GREGORIO NACHMAN

25, 28, 29 (21.30 hs.)
"Esperando a Godot"
De Samuel Beckett. Con Patricio Contreras, Perla Santalla, Mario Pasik y elenco. Dirección: Leonor Manso.
Desde su estreno en París en 1953 la obra de Samuel Beckett no ha dejado de representarse en todo el mundo. La incertidumbre, la inquietud, el juego, la religión, la autoridad, y las relaciones humanas se ponen de manifiesto en esta genial obra que abre un antes y un después en la historia universal del teatro.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

11 de febrero (20.30 hs.)
"Dos hombres y una guitarra: sones y decires"
Alberto Chahín y Oscar Valverde
Los sones serán en guitarra criolla, acústica y amplificada, con obras de Bach, Paganini y Piazzolla, entre otros; los decires con textos y poesías de Borges, Galeano, Benedetti, Storni y Pablo Neruda.
SALA GREGORIO NACHMAN

23, 24, 25, 29, 30, 31 (19.30hs.)
"Viento en popa"
Grupo TEATRANTES
Mónica Arrech, Alfredo Bruzzone, Víctor Iturralde, Gabriel Celaya, Cecilia Martín y Leonardo Rizzi. Este espectáculo infantil propone una atractiva aventura que puede jugar con la imaginación a través de la acción y el suspenso. En Puerto Nuevo, lugar donde se desarrolla la obra, un grupo de pescadores, entre ellos Papadópulos, debe enfrentarse a la temible Mantaraya.
SALA ASTOR PIAZZOLLA





Febrero 27 y 28 (23 hs.)
"Nuevas aventuras a dos pianos"
Jorge Navarro y Baby López Furst.
Dos eximios pianistas deciden unir sus talentos amalgamando dos estilos y dos sentimientos para hacerlos coincidir en una misma vena creativa, volando al más alto nivel del jazz del mundo a través de Gershwin, Cole Porter, Duke Ellington, Chick Corea, Thelonius Monk, entre otros.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

27 (21.30 hs.)
HORACIO SALGAN / UBALDO DE LIO junto a GABRIELA TORRES
SALA ASTOR PIAZZOLLA

Febrero
LOS CHALCHALEROS
"Memoria de un tiempo vivo"
Festejándose el 49º aniversario de Los Chalchaleros, Juan Carlos Saravia, Polo Román, Francisco "Pancho" Figueroa y Facundo Saravia regresan a este escenario a pedido del público con "Memoria de un tiempo vivo", tal es el nombre de la zamba de Jaime Dávalos y Eduardo Falú que le da el título al espectáculo.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

27 y 28 (19.30 y 23.30 hs)
"Pablo Picasso"
Diaporama sobre el genial pintor español.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

30 y 31 (22 y 21.30 - 23.30 hs. respectivamente)
"Vincent y los cuervos" de Pacho O'Donnell
Dirección: Daniel Lambertini.
Elenco: Freddy Virgolini, José Luis Britos, Caco Grassi, Erico Mavers, Carlos Issa, Rosi Alvarez, Marcela Lucero y Mercedes Muñoz.
Basada en la vida de Vincent Van Gogh en la obra, "Un suicidado de la sociedad", de Antonio Artaud, nos transporta al mundo de la lucha personal del pintor. Lucha y rebelión contra lo establecido, por expresar su arte en contraposición del mundo del valor del dinero: drama real, visceral, lleno de pasión, de sentimientos y de reflexión. Juegos de representación que los devuelve a la esencia del verdadero arte de la expresión teatral.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

NECOCHEA Enero '98

"PRIMER FESTIVAL EN EL BOSQUE"
Más de 20 bandas de rock participarán del ciclo. ROCK EN LA COSTA ATLANTICA.
Lugar: el Anfiteatro Miguel Lillo, en caso de lluvia en el Club Huracán (Av. 75 y 58).
Entrada: 8 pesos. El público podrá obtenerlas en 83 y 4 bis.

Sábado 24
LAS PELOTAS

Domingo 25BABASONICOS, ILLYA KURYAKI, LOS BRUJOS, MASACRE, PIRATA INDUSTRIAL

Martes 28
FABIANA CANTILO, LOS TWIST, CELESTE CARBALLO, MG SPUMER

Miércoles 29
PAPPO'S BLUES, TURF

Jueves 30
ALMAFUERTE